

REVISTA
DEL
Centro de Estudios Extremeños

TOMO VI

ENERO-ABRIL 1932

NÚM. I

GUERRAS DE EXTREMADURA

**EL DUQUE DE SAN GERMAN SE APODERA
DE LA PLAZA DE OLIVENZA**

I

Conocidos son los sucesos que originaron la elevación del duque de Braganza al trono de Portugal, y, por lo tanto, la independencia de este reino. No necesito, pues, detenerme en su análisis.

Felipe IV con su indolencia, y el conde-duque de Olivares con su tiranía y avaricia, no supieron conservar unido aquel país a los reinos de la corona de Castilla. Olvidaron los vivísimos deseos de Felipe II de mantener a todo trance la unión de Portugal, por ser esto lo que más convenía al buen gobierno de ambos pueblos y al mejor servicio de la Religión y de

la Iglesia, y lejos de seguir una política de atracción que no lastimara los sentimientos patrióticos de los lusitanos, justamente orgullosos de sus pasadas grandezas, los trataron como esclavos y criminales, manteniendo así latente el odio de los portugueses a los españoles y avivando en aquéllos los anhelos de emancipación que llegaron a su culmen al estallar la guerra de Cataluña. En el mes de Diciembre del año 1640 triunfó la revolución, consiguiendo la independencia Portugal y sus posesiones ultramarinas (1).

(1) Tal vez Oliva y Badajoz fueron de las primeras poblaciones españolas que tuvieron noticias del movimiento revolucionario de Lisboa, «Hoy llegó á esta villa [Oliva] un hombre que viene de Portugal, y dice que llegando á Monjaraz, lugar de aquel reino, ya de noche, oyó gran repique de campanas, y entrando en el lugar vido muchas luminarias y cuadrillas de hombres, unos con tamborilillos y otros con otros instrumentos diciendo todos ¡Viva nuestro Rey D. Juan! y saliendo por la mañana, dice este hombre que había el mismo alboroto y en medio de todos la Justicia y los más graves, y que llegaron algunos á él y le dijeron: Dí, castellano, ¡viva el Rey D. Juan! forzándolo con amenazas; y llegando aquel día, que fué antes de ayer, á otro lugar, que es Morón y el último de Portugal, había lo mismo con muchos regocijos, y dice que le dijeron: «Ya no hay pechos en Portugal y podréis venir libres, que este nuestro Rey nos los quita todos», y que iban correos á todos los lugares para la misma prevención. Dios me saque en paz de esta raya.»

Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús sobre los sucesos de la monarquía entre los años de 1634 y 1648. Nos referimos a una que está fechada en Oliva el 4 de Diciembre de 1640.

Figuran estas cartas, tan curiosas como interesantes, en el *Memoriaj Histórico Español: colección de documentos opúsculos y antigüedades que publica la Real Academia de la Historia.* Madrid en la Imprenta Nacional, 1862. Tom. XVI, pág. 82.

«Tres días há llegó aviso de Portugal de como habían muerto al secretario Vasconcelos, cortádole las narices, orejas, manos y pies, y echádole por las ventanas de Palacio abajo; que habían alzado por Rey al duque de Berganza y tomado todos los castillos del reino y puertos el mismo día; que á la señora Infanta la retiraron á un convento acompañándola mucha parte de la nobleza. Esta nueva se ha sabido por Badajoz, y por otras dos

Apurada era la situación del conde-duque, que ganoso de sofocar la rebelión catalana no pudo enviar al territorio portugués tropas que intentasen la reconquista. En Extremadura se movilizaron las escasas fuerzas que había en la frontera, las cuales sitiaron tres veces la plaza de Olivenza e intentaron tres veces su asalto, teniendo al cabo que abandonar el sitio, con la pérdida de ochocientos hombres.

Los portugueses, envalentonados con el éxito y deseando consolidar la independencia de su país, tomaron la ofensiva y se apoderaron de la villa de Valverde. Este y otros fracasos dieron lugar a la caída de Olivares, al cual sucedió, en el cargo de consejero del Rey, su sobrino el conde de Haro, quien disgustado con la táctica militar que en tierras extremeñas seguía el marqués de Torrescusa, le sustituyó con el marqués de Leganés, que en 1645 atacó, también sin resultado práctico, la plaza oliventina.

Conseguida la pacificación de Cataluña, pensó formalmente la corte de Madrid en la reconquista del reino portugués, y levantó con esta idea un ejército numeroso que había de hostilizar al enemigo por distintos lugares de la frontera.

A Badajoz, para luchar contra las tropas del conde de San Lorenzo, capitán general de las armas de la provincia de Alentejo y contra las de D. Manuel de Saldaña, gobernador de Olivenza, llegaron 16.000 infantes y 5.000 caballos, al mando del Sr. D. Francisco de Totavilla, duque de San Germán y gobernador de las armas de Extremadura y del duque de Osuna y Uceda, D. Gaspar Girón, general de la caballería.

Quizás Olivenza, población fronteriza con Portugal, fué de

partes. Han faltado los correos ordinarios del regalo que á S. M. se traía. El sentimiento es cual V. R. se podrá imaginar de todos.» Firma esta carta Sebastián González y va dirigida al P. Rafael Pereyra, de la Compañía de Jesús, en Sevilla. Fechada en Madrid el 11 de Diciembre de 1640. *M. H. E.* Tomo XVI. Pág. 91.

los lugares donde primeramente se sintieron los efectos revolucionarios. Así se desprende de uno de los avisos que recibió el gobernador de Zafra, transmitido por dicho señor, en carta del 4 de Diciembre de 1640, a un caballero de Sevilla: «Ya Vmd. sabrá cómo se ha levantado Portugal y el duque de Berganza coronado por Rey; ayer salió de Villaviciosa á Lisboa, dicen á coronarse. La señora infanta la metieron en un convento; al secretario del consejo de Portugal lo mataron y al arzobispo de Braga lo tienen cercado. Estamos atónitos, y nos dicen que Olivencia está aun peor. Hay grandes traiciones y cuentan que con cuatro cajas se mandó pregonar por rey de Portugal y ha levantado banderas» (1).

No es mi propósito referir los hechos realizados por aquel ejército en la región extremeña; sólo referiré lo sucedido desde el día que fué sitiada la villa de Olivenza hasta el de su entrega, que ocurrió el 30 de Mayo del año 1657.

Acerca de este asunto he visto dos relaciones en la sección de varios de la Biblioteca Nacional; por cierto que el señor Barrantes no las cita en su *Aparato para la Historia de Extremadura*, y esto me hace sospechar que son muy raras, pues el docto historiador examinó muchos de los libros, folletos y papeles que forman la inagotable bibliografía de la Independencia portuguesa.

«Dióse principio al asedio de Olivenza—según una de las relaciones (2)—el viernes 12 de Abril de dicho

(1) *M. H. E.* Tomo XVI. Pág. 83.

(2) Se titula: *Relación de la famosa victoria que han tenido las armas de Su Magestad (que Dios guarde) que están á cargo del Excmo. Sr. D. Francisco de Totavila, duque de San Germán, gobernador del Ejército de Extremadura en la recuperación de la fuerte villa de Olivenza, que tenían tiranizada las armas del rebelde de Portugal. Succedida a 30 de Mayo deste año de 1657. Y asimismo se refieren las rotas que ha*

año, con la fábrica del cordón de dos leguas y media de circunferencia.

En él se fabricaron 12 fortines, divididos a trechos, con muy buena igualdad y proporción. Asimismo se hicieron tres baterías, en que había hasta 14 piezas de artillería: las tres dellas de 40 libras de calibre y las demás de 25 hasta 30. Con los trabucos se arrojaban en la plaza todas las noches cantidad de bombas y con las manos inmensidad de granadas, y todos tres instrumentos militares hacían notable daño en la plaza, cuyas ruinas quitaron las vidas a muchísimas personas de ambos sexos. Asimismo se hicieron tres ataques encaminados a la muralla, en que juntamente trabajaban soldados y gastadores.»

El gobernador de la plaza de Olivenza, D. Manuel Saldaña, hombre valeroso y decidido, y los soldados a sus órdenes, se defendían vigorosamente. La relación dice que en los varios encuentros que hubo se disputó con experiencia el valor de los sitiadores y sitiados. Unos y otros, como se deduce de aquélla, obrarían verdaderas maravillas cumpliendo con las obligaciones de su sangre.

«Tenía esta plaza 2.200 soldados portugueses de presidio y 100 caballos, poco más o menos. Y aunque tenía todo lo necesario para su sustento y defensa trató socorrerla el conde de San Lorenzo, a quien, por ser comprendido en el número de los 40 que

recibido del Ejército del rebelde sobre las plazas de Badajoz y Valencia de Alcántara.

Impreso en Sevilla, por Juan Gómez de Blas, impresor mayor de dicha ciudad. Este año de 1657.

Un papel de cuatro fojas.

(Biblioteca Nacional. Sección de varios, I-92-31.)

sublevaron el reino de Portugal, el tirano nombró por regidor de la Casa de la Suplicación de Lisboa y le hizo de su Consejo de Guerra y asimismo gobernador de las armas de la provincia de Alentejo. Dicho Conde esguazó a Guadiana por la parte de Jurumeña el viernes 4 de Mayo por la tarde, con 8.000 infantes y 2.500 caballos; los 1.500 podían servir en la guerra, pero todos los demás eran jacas y mulos de poca consideración. Con esta gente marchó el enemigo por las riberas del río, y el domingo siguiente dió vista a nuestro ejército y aquella noche se acuarteló una legua distante de la circunvalación de nuestra línea. Fortificóle con 400 carretas y plantó contra nuestros cuarteles una batería de dos piezas de cañón, con las cuales no dejaban de recibir algún daño nuestra gente. Contra su batería se plantó al día siguiente otra de dos piezas de 40 libras de calibre, cuyas bajas, cuando daban a las carretas, volaban las astillas por cima del ejército de los enemigos, y cuando daban en mitad de sus escuadrones, como estaban apiñados por el poco sitio que tenían, abrían calles por donde pasaban las balas, haciendo en ellos el estrago que se deja considerar.»

Indudablemente no fué bien meditado el avance de los portugueses. El conde de Ericeira, minucioso narrador de aquellos sucesos, cuenta un episodio singular que pone de relieve la perplejidad del mando portugués delante del enemigo. Las tropas del conde de San Lorenzo pasaron el Guadiana por un puente de barcas, y después de dejarlo perfectamente guarnecido en la entrada y salida, se decidió seguir la marcha para socorrer la plaza de Olivenza. Avisados de este intento los generales españoles tomaron todo género de precauciones y dispusieron que los soldados se formasen en bata-

lla dentro de las líneas. Un descuido motivó un fuego en una de las barracas donde parte de nuestras tropas se abrigan de la inclemencia del tiempo. Observó el incendio una partida portuguesa, y sin más examen, avisó al general en jefe que los castellanos se retiraban para Badajoz, habiendo abandonado las líneas y puesto fuego a los cuarteles. Ocasiónó esta noticia agradabilísima impresión en el ejército lusitano, y rápidamente mandó el conde de San Lorenzo al general de caballería Tamaricurt con 500 caballos a averiguar la verdad del aviso. Este divisó los cuarteles, donde continuaba el incendio, y como no observase gente junto a los mismos, porque el ejército estaba formado en sitio donde él no podía descubrirlo, consideró infalible su retirada y lo notició al conde pidiéndole algunos batallones, por entender que era verosímil apoderarse de los cañones que el enemigo en su huída llevase en la retaguardia. Esta segunda afirmación acrecentó de tal suerte la credulidad en el ejército, que hubo quien despachó correo a Lisboa con esta nueva, y los que dudaron de su certeza fueron contados por enemigos de la gloria del conde de San Lorenzo. Duró poco tiempo la alegría, pues al paso que los portugueses iniciaban el avance, los españoles multiplicaban su resistencia (1).

El duque de San Germán se decidió el día 8 de Mayo a

(1) *Historia de Portugal restaurado, em que se da noticia das mais gloriosas açoens afim politicas, como militares, que obraraõ os Portuguezes na restauraçõ de Portugal, desde o anno de 1657 até ao anno de 1662. Escrita por D. Luiz de Menezes, conde da Ericeira, do conselho de Estado de Sua Magestade, seu Vedor da Fazenda, e Governador das Armas da Provincia de Traz os Montes, & Parte segunda, terceira vez impressa e emendada. Tomo III. Lisboa. Na officina de Joseph Filippe, Anno de M. DCCLIX. Com todas as licenças neceffarias.* Parte II. Libro I. Pág. 33.

Es una obra detallada e interesante, citada frecuentemente por los historiadores portugueses que han estudiado esta campaña. Sirvió de base a Campos Junior para componer una entretenida novela histórica con el título de *Santa Patria*.

presentar batalla al ejército enemigo, pero el conde de San Lorenzo, fuera por el peligro en que se hallaba su gente, dada su mala posición, fuera porque la Reina regente, durante la minoridad de Alfonso VI, quisiera, como dicen algunos historiadores, socorrer la plaza, pero sin exponer al ejército a una acción general, resolvió retirar la tropa de sus alojamientos, aprovechando para ello la obscuridad de la noche del 9, que fué con exceso tenebrosa de agua y viento.

«Hízose saber al gobernador de Olivenza la retirada del ejército y lo imposibilitada que estaba la plaza de ser socorrida, y dió rehenes para capitulaciones. De nuestra parte entraron en ella los señores conde de Torrejón y D. Pedro de Toledo, maestros de campo, y de la plaza salieron un maestro de campo y un sargento mayor; pero fueron tales y tan fuera de estilo militar los capítulos que pedían, que no se pudo ajustar la materia; con que el viernes 11 de Mayo, entre cuatro y cinco de la tarde, se volvieron a destrocar los rehenes y se prosiguió la hostilidad con mucho mayor rigor que hasta entonces se había hecho. El ejército del enemigo, viendo que no podía socorrer a Olivenza, se anduvo tentando vados algunos días, pretendiendo divertir nuestras tropas en la invasión de alguna de las plazas de nuestra frontera.»

Cuenta la relación la derrota sufrida por el ejército portugués ante los muros de la ciudad de Badajoz (1), y continúa luego el sitio de Olivenza de este modo:

«Desde el día 11 de Mayo hasta el 22 hizo el ene-

(1) Del intento de asalto a Badajoz trataremos en otro artículo.

migo diferentes salidas de la plaza, pretendiendo estorbar los avances que hacía nuestra gente para ganar la entrada descubierta, estacada, fuertes reales y foso de ella, sobre la cual sucedieron cosas particulares, que omito por la prolijidad y porque tengo por imposible que se puedan referir, por extenso, las hazañas que allí han obrado así los cabos como los soldados que fueron de la nobilísima ciudad de Sevilla y de las villas y lugares de su capitania general, en cuyos encuentros hubo muchos muertos y heridos de ambas partes. De la nuestra murió el Sr. D. Pedro Alvarez de Toledo, maestro de campo, de una bala de mosquete que recibió en la frente estando disponiendo una nueva batería contra la plaza, muerte que se sintió generalmente de todo el ejército, por ser una persona tan noble, gran soldado y de mucha esperanza. Y en el avance de los fortines (que se ganaron con grandísima bizarría) salió herido el Sr. maestro de campo D. Melchor de la Cueva y muerto D. Bernardo Patricio, maestro de campo irlandés. Y finalmente, en el sitio de Olivenza han muerto de nuestra parte cerca de 700 hombres y más de 600 heridos, y de los enemigos, entre muertos y heridos, ha habido de la plaza más de 600 soldados del presidio y cerca de 700 de los vecinos.

El lunes, 16 de Mayo, se comenzaron las minas y los hornillos en las murallas, los cuales se iban perfeccionando por la buena disposición de D. Ventura de Tarragona, ingeniero mayor de nuestro ejército. Luego que D. Manuel de Saldaña tuvo noticia de la rota que había recibido su ejército en el asalto que intentó dar a la ciudad de Badajoz y que había esguazado a Guadiana, trató de capitular verdaderamente, y para ello se dieron rehenes: de nuestra parte

entraron en la plaza el Sr. Conde de Torrejón y D. Juan de Andino, sargento mayor del tercio del señor D. Francisco Tello, y de ella salieron los fidalgos Juan Fernández de la Bárbara, maestro de campo, y Manuel Brito de Carvajal, sargento mayor. Capitulóse el día 22 de Mayo, que había de salir Manuel de Saldaña y el Presidio de Olivenza y los vecinos que con ellos se quisieran ir, con las condiciones ordinarias de la guerra, y ellos ofrecieron entregar la plaza el miércoles, 30 de dicho mes, si no fuese socorrida realmente dentro de los ocho días que pedían de término, y que en el ínterin hubiese cesación de armas por ambas partes. >

Los días de la tregua se aprovecharon activamente. El conde de San Lorenzo, que había establecido el cuartel general en la orilla derecha del Guadiana, entre el río Caya y la plaza de Jurumeña, no muy distante de esta última, recibió unos partes del gobernador militar de Olivenza, en los que comunicaba que los castellanos habían ocupado todas las obras exteriores a costa de muchas vidas, ascendiendo las bajas de los sitiados a un centenar de muertos, entre los que se encontraban los ingenieros D. Juan Gilot y D. Diego Aguilar. Afirmaba Saldaña que los españoles no consiguieron ganar aquellas obras hasta después que las abandonaron los portugueses, haciendo de este error indisciplinable una ridícula jactancia. Quejábese, además, el gobernador de la falta de municiones, principalmente de pólvora, y pedía, caso de no ser socorrido, se le hiciesen ciertas señales para tratar con tiempo de mejorar su partido. El conde, viendo el precipicio a que los sitiados caminaban, les mandó hacer unas señales, que no fueron bien interpretadas, no sabemos si por malicia o por confusión verdadera, y decidieron la rendición de la plaza.

Saldaña, a quien sobraba valor pero faltaba experiencia,

entendiendo equivocadamente que aquellas señales eran bastante disculpa de su resolución, ordenó que salieran de la plaza el maestro de campo Juan Alvarez de Barbuda y el sargento mayor Juan Rodríguez Coelho para que estipulasen las condiciones de entrega, cuyos artículos ante todo debían ser conocidos por el conde de San Lorenzo.

De Olivenza, con dirección al campamento portugués, salieron D. Juan Méndez Mejías, el capitán de infantería D. Antonio Barbosa, D. Fernando Gómez de Cabrera, el P. Antonio Mattos, D. Lorenzo Gallego, D. Gil Lorenzo Cabeza y don Benito de Mattos Mejía, quienes entregaron al general en jefe las capitulaciones que Saldaña había hecho con el duque de San Germán. Los comisionados fueron muy mal recibidos por el ejército, y sufrieron grandes desaires y muchas afrentas. El conde, impaciente por tan repetidas desgracias, dió cuenta a la Reina Gobernadora, remitiéndole todas las cartas y papeles que habían llegado de Olivenza. La Reina reunió a los consejeros de Estado y Guerra, y encomendóles con varoniles y heroicas palabras que no perdonasen diligencia alguna para procurar remedio a situación tan apurada.

Los consejeros, después de larga conferencia y por mayoría de votos, tomaron los siguientes acuerdos: Que la Reina escribiera a Saldaña para que rompiese la capitulación, asegurándole que había de ser socorrido, y que para cumplir este mandato, como se esperaba de su valor y cualidad, no podían faltarle pretextos, puesto que la misma capitulación los insinuaba; que se dieran órdenes al conde de San Lorenzo para que, reuniendo toda la gente que le fuese posible, pasase el Guadiana y socorriera a Olivenza, y que para ayudarle en esta empresa se uniesen al ejército los condes de Castello-Melhor y Sabugal, cuyos servicios serían de gran utilidad por las virtudes que profesaban. La Reina, que deseaba fervorosamente esta resolución, mandó expedir las órdenes, y partieron los

citados condes para la frontera, esperanzados y ganosos de tomar parte en la enmienda de los pasados errores.

El conde de San Lorenzo, en seguida que recibió la orden real, pasó el Guadiana y ocupó el cuartel de Jurumeña. Con la mayor prontitud remitió a D. Manuel de Saldaña la carta de la Reina, asegurándole, de paso, que estaba decidido a socorrerlo a todo evento. Cuenta el conde de Ericeira que Saldaña supo esta resolución al mismo tiempo que el duque de San Germán, porque, en la noche que se tomó, desertó del ejército portugués Manuel da Silva, ayudante de caballería, a quien llamaban el Quemado, e informó al duque de todo lo que se había tratado en el consejo, como muchas veces había hecho; porque el conde no se recataba de este ayudante y le fiaba los avisos que hacía a Saldaña, los cuales sin dilación eran remitidos al campamento de los españoles.

Tan pronto como D. Manuel de Saldaña tuvo en su poder las cartas de la Reina, las del conde de San Lorenzo y otras de parientes y amigos en las que le animaban a volver a la lucha, llamó a todos los oficiales de guerra, hombres nobles y personalidades eclesiásticas, a quienes hizo presente el contenido de aquéllas. También les habló de los desaires y afrentas de que fueron objeto los comisionados que llevaron las capitulaciones. El más explícito con Saldaña fué el capitán D. Antonio Barbosa de Brito, a quien más particularmente encargó el conde que asegurara a los sitiados los firmes propósitos del ejército de socorrerlos a todo trance, y que enseñara a Saldaña los caminos que la capitulación dejaba abiertos para que pudiese romperlos sin faltar a la palabra, recordándole, de parte de la Reina, que la mayor obligación era dar la vida por la defensa de la plaza y por el crédito de las armas del reino.

Luego de dar cuenta de las cartas recibidas, el gobernador manifestó a los reunidos el estado deplorable de la plaza, la falta de pólvora, la palabra empeñada y el peligro que ofrecía no cumplirla; y sonando en los oídos de los que estaban pre-

sentes mejor la segunda que la primera proposición, votaron que la plaza se entregase, siendo de parecer contrario, con loable actitud, el sargento mayor D. Manuel de Magallanes y el capitán D. Antonio Barbosa (1). Este último, después de referir en público todo lo que el conde de San Lorenzo le había dicho, se ofreció a ser el primero que rompiese la capitulación. No se hallaron en esta interesante reunión D. Juan Alvarez de Barbuda y el sargento mayor D. Juan Rodríguez Coelho, porque estaban en rehenes en el ejército de Castilla-Saldaña entregó al capitán Barbosa una certificación de su voto y conformándose con el parecer de la mayoría, resolvió entregar Olivenza con las capitulaciones ordinarias de salir libre la guarnición con armas y banderas, y los vecinos con su ropa y vituallas. Para entera satisfacción de las capitulaciones, mandó el duque de San Germán en rehenes a D. Juan de Luna Portocarrero, capitán de caballería, hijo tercero del conde del Montijo, y a D. Pedro Portocarrero, hijo del marqués de Barcarrota. El conde de San Lorenzo, aunque conoció que todas las diligencias eran inútiles, no quiso recibirlos como rehenes, sin orden de la Reina, y sin el último aviso de la resolución que tomara D. Manuel de Saldaña de pelear o entregar la plaza.

Iniciadas las negociaciones de los sitiados y sitiadores, el conde de San Lorenzo, queriendo dividir las fuerzas del ejército español, pensó en que se atacaran algunas plazas fronterizas, y entre ellas la de Valencia de Alcántara, para donde partió el general de artillería D. Alfonso Hurtado con cuatro tercios de infantería, y seis batallones de caballería a la orden del teniente general D. Diniz de Mello y Castro; pero sus habitantes, alentados por el gobernador militar de la misma don Sebastián Granero de Alarcón, se defendieron briosamente, logrando rechazar al enemigo el día 29 de Mayo, después

(1) *Portugal Restaurado*. Par. II., L. I., pág. 46.

de ocasionarle numerosas bajas. Se distinguieron en la pelea los señores arcipreste y sacerdote.

El resto de las tropas portuguesas volvió a vadear el Guadiana y se acuarteló, a vista de nuestras trincheras, entre el dicho río y la ribera de Olivenza, pretendiendo sin duda atacar a las tropas sitiadoras. Como no llevó a cabo estos propósitos, y terminaron los plazos concedidos, el gobernador de Olivenza entregó la plaza a los españoles el día 30 de Mayo de 1657.

Salvo algunos detalles, esto es, en síntesis, lo que acerca del sitio de Olivenza dice la relación citada. Hay que advertir que los documentos de esta índole, escritos generalmente con los datos que los propios interesados suministran, casi siempre pecan de exageración y parcialidad; sin embargo, no por eso deben considerarse desprovistos de interés histórico, pues aparte lo que en ellos hay de personal y de afección patriótica, son muy estimables por las notas que se refieren al movimiento de los ejércitos, a las disposiciones de la superioridad y a los sucesos locales; muchos de éstos se desconocerían, a no ser por los indicados relatos.

La relación referida no es de las que más se significan por aquellos defectos. Su lectura nos da a entender claramente que si los sitiadores pusieron tenaz empeño en apoderarse de la plaza, no fueron menores los esfuerzos que realizaron los sitiados para defenderla. Algunos historiadores, juzgando este hecho, opinan que no hubiera sido tarea sencilla para el duque de San Germán el sitio de Olivenza si el conde de San Lorenzo, en vez de distraer sus fuerzas en correrías por tierras de Extremadura, hubiera decidido aceptar la batalla con que le brindó el enemigo en los primeros días del asedio, o la hubiera presentado él mismo después de los fracasos de Badajoz y Valencia de Alcántara. A este desamparo en que se vió don Manuel de Saldaña, y no a los cañones, atribuye alguien la rendición de Olivenza.

Indudablemente la falta de auxilio precipitó la entrega de

la plaza, pero bueno es consignar que las tropas sitiadoras estaban dispuestas a la terminación de la empresa sin rehusar peligro alguno, como lo prueban la actitud del Duque y las condiciones que se estipularon para la capitulación.

JESÚS RINCÓN.

(Concluirá.)

(sigue en las págs. 187 y sigs.)
